

UNA SEMANA DE ANGUSTIA



SARA HERRERA DE ARAMBURU



A fines de mayo, en Rosario, deliberó el Primer Congreso Argentino de Arqueología. María V. Walsh, redactora de PERISCOPIO, asistió a las sesiones. En realidad, su tarea había comenzado antes, cuando recorrió durante un mes los yacimientos de Salta, Jujuy y Tucumán. En las fuentes mismas, convivió con los investigadores, palpó los obstáculos que asfixian a la ciencia: la falta de fondos y respaldos legales, la voracidad de los comerciantes. Su informe se edita en las páginas 76-81.

LIBROS Y AUTORES 4
EL MUNDO 62
EL PAIS 14
SEÑORAS Y SEÑORES
TRANSICIONES 11
VIDA MODERNA 34



PERISCOPIO

APARECE LOS MARTES

Director-Editor

ARQUEOLOGIA: DE TUMBA EN TUMBA

"Cuando tenía siete años, caminaba entre esas piedras sin saber qué eran. Mis tatarabuelos preferían no acercarse a las ruinas. Tenían miedo de la venganza de sus antepasados. Sólo de vez en cuando hospedaban a los muertos con hojas de coca. Pero en seguida los volvían a enterrar."

I

Seiscientos años atrás, esos muertos que temían los tatarabuelos del coya Leopoldo Barbosa, se paseaban con sus vestidos multicolores por la populosa ciudad de Santa Rosa de Tastil. Vecinos de toda la comarca recorrían, diariamente, varios kilómetros a pie, para congregarse en las plazas donde intercambiaban telas, granos, vasijas de cerámica, utensilios de metal.

Los ricos, que vivían en casas de piedra de varias habitaciones, ocupaban el Centro y el Sur de la ciudad. Podían darse el lujo de acompañar a sus familiares con un vasto ajuar funerario: centenares de vasijas, collares, adornos de madera. Los pobres, segregados en el sector Noroeste, tenían apenas una pieza y hospedaban a sus muer-

tos con unos pocos objetos de cerámica.

Los gobernantes, urbanistas anticipados, prohibieron a sus vasallos que instalaran accesos a las viviendas en las calles principales: para facilitar la circulación, las puertas debían ubicarse sólo en senderos adyacentes. Sin embargo, cuando el crecimiento del pueblo colmó la capacidad de los basurales, los tastileños tuvieron que arrojar los desperdicios dentro de la ciudad. Después de muchos años, el nivel de las calles tapó los techos de las casas.

En Santa Rosa de Tastil, en medio de los cerros salteños, a 3 mil metros de altura sobre el nivel del mar, floreció —hace seis siglos— una civilización indígena de más de cinco mil habitantes. No hay, en varios kilómetros, lugar más adecuado para emplazar una ciudad de la envergadura que tuvo Santa Rosa: su estratégica ubicación, una meseta elevada, permitía dominar la aridez de las montañas cercanas; cualquier intruso era detectado a varias leguas a la redonda.

Un desequilibrio incontrolable entre producción y consumo ahuyentó, después de doscientos años, a los pobladores. En 1420 —sesenta años antes de

la conquista incaica— la ciudad quedó desierta. Hoy, al pie del cerro, sólo existe un caserío miserable donde 24 coyas —entre ellos Barbosa— observan impávidos el paso del tiempo. Su único deseo es conseguir un empleo en la ciudad: la pobreza y el tedio, quebrados a veces por una radio a transistores, obligan a los nativos a dejar su tierra.

En 1967, un grupo de arqueólogos platenses, encabezados por Eduardo Cigliano, 43, rompió la monotonía de la vida en Tastil. Un convenio con la Dirección de Turismo salteña obliga al equipo a desenterrar la ciudad y prepararla para recibir a los turistas. Es posible que con esta aventura se interrumpa el éxodo de los lugareños.

Santa Rosa de Tastil es sólo uno de los centenares de yacimientos arqueológicos que surcan el Noroeste argentino. Siglos atrás, miles de indígenas ocupaban la región. Sobre las márgenes de los ríos, en las laderas de las montañas, rebosaban las aldeas que iban a conquistar primero los incas, y después los españoles. Algunas, ocultas o destruidas, ni siquiera han sido halladas. Al borde de los caminos actuales —trazados en su mayoría por los indios— se pueden encontrar todavía fragmentos de cerámica, pircas centenarias, confundidas con los pliegues del terreno.

No es fácil adivinar el grado de dependencia que vinculó a las tribus locales con la cultura del Alto Perú. Pero las excavaciones demuestran la influencia de los incas; se cree, sin embargo, que la invasión fue pacífica. Los españoles, en cambio, arrasaron poblaciones enteras; el avance fue sangriento, la resistencia desesperada. El objetivo de los conquistadores —a diferencia de los incas— fue quebrar todo lo que pudiera incitar a la rebeldía, sobre todo las tradiciones.

Pese a todos sus esfuerzos, los españoles no lograron exterminar totalmente a la raza nativa. Los coyas casi olvidaron el idioma; pero conservan las técnicas de alfarería, practican los mismos ritos, visten atuendos idénticos. En los valles calchaquies todavía abundan los apellidos diaguitas: Inga, Abellay, Alcalay, Condorí.

II

17 kilómetros al Este de La Quiaca, en el corazón de la Puna jujeña, el pueblo de Yavi escapa al letargo de la desolada geografía gracias a la leyenda del marqués. En otra época, cuando la ruta hacia Bolivia aún bordeaba la ciudadela próspera, el Marqués Campero —amo del lugar— enterró su tesoro en un cerro cercano. Aún hoy viajeros ilusionados merodean por los alrededores.



Barbosa: Cuando tenía 7 años...



González: La pala más aguda.

res del pueblo para rastrear alguna pieza de oro; víctimas de la impaciencia, abandonan la búsqueda estéril en poco tiempo. Los más osados, sin embargo, perseveran hasta llegar a las ruinas de Yavi Chico, 5 kilómetros al Norte.

Sobre una terraza de 500 metros de ancho, al pie de una profunda barranca, afloran los restos de una cultura posterior al año mil. Acorralada entre el río y los vientos, la terraza —mucho más ancha entonces— fue testigo del derrumbe de una civilización que no accedió a la historia. Ahora, como últimos vestigios, emergen de la superficie erosionada muros de piedra, fragmentos de cerámica y huesos astillados.

Pocas diferencias existen —resulta paradójico— entre el antiguo poblado y el moderno, ubicado al otro lado del río. Las casas se extienden por kilómetros a lo largo de andenes de cultivo. Es fácil suponer la razón que tentó a

Rescatar esa historia supone el duro oficio de hacer hablar a las piedras. A partir de 1960, Pedro Krapovickas, 43, un solitario explotador de la Puna, comandó tres excavaciones del yacimiento. Como sucede con algunos apasionados, suele quejarse como un tendero: "El terreno es muy incómodo para trabajar —rezonga—. La terraza está tan castigada que se puede venir abajo en cualquier momento". Al cabo de un par de horas de charla, revela el motivo de sus trabajos. "No intenté recoger piezas enteras de cerámica, sólo fragmentos." Su mayor ambición fue ubicar los restos en el tiempo: "Yavi Chico —asegura— es preincaico".

Quinientos kilómetros más al Sur, en la llanura tucumana, las ruinas de Huasapampa prolongan la cultura de los pueblos chacosantiagueños. El año pasado, un equipo de investigadores del Instituto Antropológico de Tucumán

indios no se preocuparon por prolongar los diques en canales de riego."

Pero tal vez el aspecto más importante de la investigación —aún incipiente— resulte la certeza de que la zona fue ocupada, a lo largo de los siglos, por pueblos diversos. Excavaciones realizadas en febrero de este año demostraron que en Huasapampa se asentaron culturas típicas de la montaña (Aguada y Cóndor-Huasi, Catamarca) y de la llanura (Averías y Sunchituyoc, Santiago del Estero).

SOBRE METODOS Y TUMBAS

"A los doce años tropecé con un libro de Florentino Ameghino. Desde entonces, jamás abandoné la arqueología." Cuando Alberto Rex González, 51, ingresó a la Universidad, la carrera no existía. Optó, entonces, por la Medicina. La única vez que ejerció su profesión fue a bordo de un petrolero



Ruinas de Santa Rosa de Tastil: La decadencia de una cultura.



Krapovickas: Dominar el tiempo.

dos civilizaciones tan distantes en el tiempo a ocupar el mismo lugar: el agua irrumpe en la aridez de la Puna y origina un valle fértil y acogedor.

Para protegerse del viento, los viejos moradores construyeron sus casas al pie de la barranca acantilada. La mayoría utilizó las piedras del lugar; los menos, edificaron las piezas con lingotes de adobe. Una esperanza sedentaria los impulsó a construir acequias y silos subterráneos; sus pobres restos son la única diversión para los visitantes de Yavi Chico.

Como sucede en casi todas las culturas primitivas, en Yavi arte y ritos se enlazan en un mismo lenguaje: aún se conservan siete lugares ceremoniales, decorados con pinturas rupestres. Brujos y guerreros alternan la superficie rugosa de las rocas con bailarinas y jaguares. Son trazos infantiles; en verde, rojo, ocre y negro.

descubrió allí un complejo cultural de extrañas características: sobre una estrecha franja de terreno, entre la llanura y las montañas, yacen numerosos recintos y diques de piedras; las *pir-cas*, ya derruidas, apenas se elevan sobre el nivel del suelo.

Centenares, o tal vez miles de años atrás —no se sabe todavía—, una tribu entera se enroló en la aventura de levantar los diques: semejante obra de ingeniería sólo puede ser el producto de un esfuerzo colectivo. Una por una, de mano en mano, los indios acarrearón las piedras para construir muros gruesos y compactos. Adaptándose a la topografía del lugar, instalaron numerosos compartimientos estancos, aptos para almacenar el agua de las lluvias estivales. "Es la primera vez —asegura Dante Soria, 38, jefe del equipo— que aparecen construcciones como éstas. El agua era usada para consumo; los

norteamericano, cuando viajaba a USA para estudiar arqueología. Al cabo de tres años, por fin, se graduó en la Universidad de Columbia.

En su oficina del Museo de La Plata nunca falta un objeto de piedra o cerámica recogido en alguna de sus incontables expediciones: González —decano de la arqueología argentina—, excavó en la Patagonia, el Ecuador, el delta del Paraná, toda América central, la Puna, Catamarca, Sudán y Arizona. A diario, profesionales de todo el país invaden su despacho para consultarlo sobre algún yacimiento. "Es el único arqueólogo que supo formar discípulos", exaltan sus admiradores.

En 1955, a su regreso de USA, introdujo en la Argentina el sistema de fechado por radio carbono 14, uno de los pocos métodos disponibles para determinar la edad de los materiales arqueológicos; a él pertenecen 30 de los 76



Granero indígena en Rodeo Colorado: La incógnita de un pueblo.

fechados realizados en el país.

Como si esto fuera poco, hace dos años que pugna por imponer un nuevo y revolucionario sistema: el uso de computadoras, un recurso que amenaza con desplazar las técnicas clásicas de la arqueología. "El carbono 14 no sirve para determinar períodos menores de 100 años —descarta—. El año pasado tardé diez meses en averiguar, con los métodos comunes, la cronología de mil tumbas. Un armatoste de tercera generación solucionó el problema en cuatro minutos, con mejores resultados." Las aplicaciones son múltiples: investigación de cronologías, comparaciones estilísticas, análisis de petroglifos. "Pero hay que tener en cuenta que la computadora no puede reemplazar al trabajo humano —advierte el pionero—. Es necesario saber recoger los datos que alimentan a la máquina."

"El estudio sistemático es la única garantía para un buen trabajo", postula González. Sin embargo, sólo las Universidades de La Plata, Rosario y Buenos Aires ofrecen la Licenciatura en Antropología, el título que habilita para el ejercicio de la profesión. En el resto del país, los interesados en rastrear al hombre y sus antepasados deben someterse a la carrera de Historia, la única que contiene a la arqueología como materia subsidiaria.

Los tucumanos, no obstante, se rebelan contra el *statu quo*: un profesor de Historia, Dante Soria, Secretario Técnico Docente del Instituto Antropológico de Tucumán, realizó dos excavaciones —en Huasapampa y Zárate—, junto con otros miembros del profesorado. Los expertos se sorprendieron por la precisión de los métodos utilizados.

"Para hacer arqueología hay que tener una formación teórica básica y conocimientos acerca de la metodología de las excavaciones —sostiene Soria—.

El Profesorado provee una formación humanística general, y la posibilidad de acceso a otros problemas." Martha Boñi Ortiz, 25, Asistente de investigación del equipo de Soria, postula que "el arqueólogo es, en realidad, un prehistoriador".

Durante los últimos años, parte de Tucumán fue estudiada, a intervalos, por profesionales de varias Universidades. "Nosotros reprochamos a los profesores que vinieron a Tucumán —acusa Boñi Ortiz— por no haber fomentado investigaciones arqueológicas con sentido regional. Ninguno se identificó con la provincia: simplemente vinieron a rellenar un agujero y se marcharon sin dejar discípulos."

Durante 1967 y 68, Soria se dedicó a recorrer la Provincia y recopiló material para elaborar su tesis: *Estado actual de la arqueología en Tucumán*. Tras minuciosas exploraciones detectó, entonces, los yacimientos de Huasapampa y Zárate.

Los inquietos tucumanos, sin embargo, no se dejaron estar: en marzo del año pasado organizaron un cursillo intensivo en la residencia universitaria de Horco-Molle, a 20 kilómetros de la ciudad de Tucumán. Invitados por el Instituto Antropológico, los arqueólogos Eduardo Berberían y Alberto Marcellino, de Córdoba, dictaron 72 horas de cátedra. En abril último, otro curso (80 horas) fue impartido por Berberían (*Metodología de la investigación arqueológica*) y Albert Vellard, de Buenos Aires (*Antropología cultural*).

Entre mayo y noviembre de 1969, los 20 integrantes del equipo realizaron cuatro campañas en un cementerio santamariano (el nombre lo provee una cultura que habitó el valle de Santa María, Catamarca), en Zárate, al Norte de Tucumán. "El dinero para las expediciones se lo peleamos a la Universidad",



Pibe Díaz: En su lugar.

recuerda Soria.

No fue fácil acostumbrarse a la vida de campamento: mosquitos, arañas, escorpiones y garrapatas se paseaban amenazantes, entre las carpas. Para vencer la sed hubo que conformarse con el agua de una acequia cercana. La visión del trabajo fue, por supuesto, equitativa: hombres y mujeres colaboraron en las tareas gastronómicas.

Pero Soria y los suyos parecen preocupados en demostrar que uno de los mejores barómetros para controlar la alza de la vida es una expedición arqueológica. En el mes de mayo, 10 pesos viejos por día bastaban para alimentar a una persona; en setiembre, la cuota ascendió a 400. "Había una bolsa de tomates —paladea Boñi Ortiz—, kilo costaba 300 pesos."

En 1902, cuando excavó el yacimiento de La Paya, en los valles calchaquinos (Salta), el naturalista Juan B. Ambrosetti utilizó la *estratigrafía*. Se trata de una técnica de excavación por capas. "Muchos arqueólogos la han olvidado", observa González. Muchos profesionales se preocupan sólo por extraer piezas enteras, y descuidan los materiales yacientes que, en general, proporcionan datos valiosos.

Los investigadores del Instituto Antropológico tucumano, orientados por Eduardo Berberían, aplicaron, en el campo, los más estrictos conceptos de estratigrafía. El campo de trabajo se divide en porciones iguales, como si fuera un tablero de damas. El sistema de cuadrícula permite elegir conscientemente el lugar de trabajo: con los datos preliminares los arqueólogos realizan un cálculo temático de probabilidades y deciden en qué cuadrícula conviene trabajar. Luego bajan el terreno por capas. Cada vez que conviene respetan la estructura natural; otras veces adoptan medidas artificiales (20 centímetros).

UNA REUNION DE FAMILIA

Cuando aún aturdián los ecos de la violencia estudiantil, en Rosario, decenas de arqueólogos de todo el país invadieron la convulsionada ciudad. Entre el 23 y el 28 de mayo, el desvencijado edificio del Concejo Deliberante, frente al río Paraná, fue escenario del Primer Congreso de Arqueología Argentina.

Para acompañar el encuentro, el Museo Histórico Provincial ofreció una Muestra de Arte de América Precolombina: el primer día, 7 mil curiosos desfilaron ante más de 300 piezas. "Hemos conseguido que todo Rosario hable de arte precolombino", sentenció Alberto Rex González, presidente de la Comisión de Asuntos Científicos.

La tenacidad de tres arqueólogas rosarinas —María Teresa Carrara (25), Nélida Carrió (26) y Amable Luisa Gancek (27)— posibilitó una reunión de 260 participantes. "Toda una hazaña —alardeó la Carrara—, si consideramos que el número de arqueólogos argentinos no supera el medio centenar. La mayoría de los congresales eran estudiantes."

Desde hace años, la cofradía arqueológica intenta limar asperezas y rivalidades en aras de "una mejor comunicación e intercambio de opiniones". Pese a los denodados esfuerzos de más de uno, el encuentro finalizó sin incidentes: "Yo pensé que íbamos a tener varias peleas", se alborozó, el último día, González.

El chileno Lautaro Núñez —uno de los cinco trasandinos invitados— fue, sin duda, la *vedette*. Sus estudios comparativos del Norte de Chile y el Nor-

oeste argentino, despertaron la curiosidad de sus colegas. Es que ambas regiones, por encima de límites políticos arbitrarios, recibieron la influencia de dos importantes culturas: la de Tiahuanaco (entre el 700 y el 100 d. C.) y la incaica (1450-1500 d. C.).

"La humanidad prehistórica no conoció las divisiones actuales", filosofó Núñez. "Por eso es imprescindible conocer los sitios arqueológicos de ambos países, e intercambiar conocimientos. La integración cultural empieza por la integración científica."

El antropólogo Héctor Lahitte (25) provocó, en cambio, muchas resistencias. Recién llegado de Francia, pretendió imponer las técnicas más modernas del análisis y registro de documentación antropológica. No fue fácil: su teoría cuestiona los métodos clásicos de estudio.

"Mi intención fue probar que el decorado de la cultura santamariana se comporta con un lenguaje —explica—. La mera descripción de formas y colores es insuficiente; de nada sirve decir que una vasija es bi o tricolor: esos términos arbitrarios no nos muestran la realidad del objeto."

Según Lahitte, el lenguaje natural debe transformarse en códigos artificiales (letras, números, y otras siglas convencionales). Cada detalle del decorado (la serpiente, por ejemplo, una figura que se repite en los diseños santamarianos) asume un símbolo propio: cuerpo convexo (x), distribuido en una curva continua (c), cabeza cóncava (v). Los datos se estampan en una tarjeta perforada y son procesados

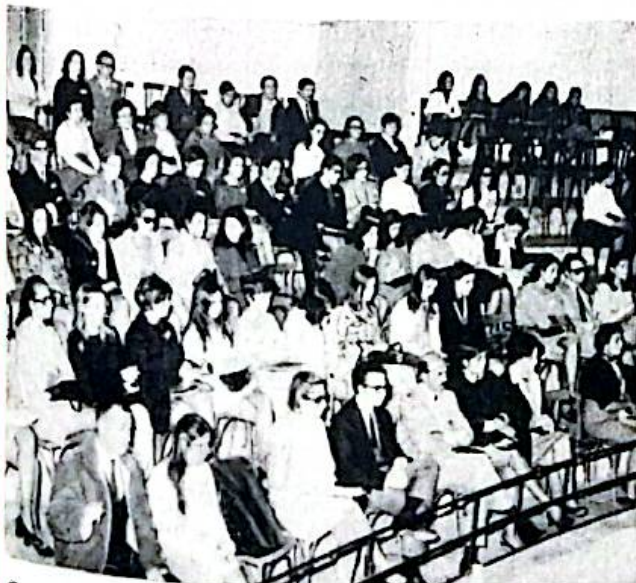
por una computadora. "Sólo este tipo de análisis puede conducirnos a descifrar el mensaje de esa cultura."

"Es ridículo que un *folklorista* que jamás hizo una excavación, pero que tiene amigos en el Gobierno, se haga fabricar una ley para obtener el patrimonio sobre todos los yacimientos arqueológicos del país", se indignó González. La arcaica controversia acerca del saqueo de piezas también estuvo presente en el Congreso. Esta vez, sin embargo, ofreció una ligera variante.

González se refirió, sin nombrarlo, a Julián Cáceres Freyre, director del Instituto Nacional de Antropología de Buenos Aires. Según los asistentes al Congreso, el Gobierno le encargó componer una nueva ley sobre preservación de yacimientos, en reemplazo de la 9080. Pero Cáceres Freyre parece haber sido el obstáculo fundamental para sancionar otro proyecto, elaborado por varios profesionales del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, a comienzos de la década del sesenta.

Como acto de protesta, los congresales firmaron una nota en la que se exige "estructurar un proyecto de ley de defensa de los sitios y piezas arqueológicos... que sea producto directo de la opinión de la mayor cantidad de especialistas [con el fin de evitar] que sólo sirva para entorpecer el auténtico trabajo científico".

Pese a todo, un nuevo estímulo surgió del encuentro: quedó constituida, por fin, la primera Asociación Argentina de Arqueología.



Congreso: Una ley que los proteja.



Arte precolombino: Para siete mil curiosos.

Cada capa es retirada con esmero, para impedir que las piezas se quiebren; se utilizan palas y cepillos, cucharines y espátulas. La tierra se filtra a través de cribas y zarandas: el material restante (puntas de flecha, trozos de objetos) permite detectar —con la ayuda del carbono 14— diferentes ocupaciones del mismo suelo. Los restos que aparecen en superficies son recientes; los profundos, más antiguos: la acumulación de sedimentos es constante. “En un día, cualquier mueble se cubre de polvo —ejemplifica Soria—. Es fácil imaginar lo que puede ocurrir después de varios siglos.” De acuerdo con la zona, el piso puede acumular entre 1 y 2 metros de residuos.

EL VIEJO ALMACEN

“Los aficionados son una plaga —estalla Alberto Rex González—. Sólo sirven para destrozar yacimientos.” Sin embargo, Pío Pablo Pibe Díaz, 43, director del Museo de Cachi, es el único *amateur* a quien los arqueólogos respetan sin excepción.

Desde hace años, el Pibe Díaz recorre, incansable, los *antigales* (nombre con que los nativos conocen a los yacimientos) de los valles calchaquíes. Vallista empedernido, Díaz hace *averiguaciones*, detecta yacimientos, acusa a los violadores de tumbas. “Yo, no pretendo ocupar el lugar de los profesionales —declara, reclinado sobre un escritorio de madera de cardón, en la sala de exhibiciones del Museo—. Pero trato de ayudarlos en todo lo que puedo.” Sobre la calle principal de Cachi, dos habitaciones blanqueadas con cal albergan, ordenadas y clasificadas, más de seiscientos piezas: no hay lugar para las diez mil restantes, amontonadas en un depósito. Él las recogió.

Pocos son los confidentes de los descubrimientos de Díaz. “La depredación que sufren los yacimientos es vergonzosa —se indigna—. Los comerciantes



Santa Rosa: Camino al pasado.

y coleccionistas particulares tienen interés en conseguir piezas sólo para venderlas o colocarlas en una vitrina. Desprecian su valor científico.”

En setiembre del año pasado, mientras transitaba la zona de Rodeo Colorado —45 kilómetros al norte de Cachi— el Pibe Díaz logró, tal vez, uno de sus mejores hallazgos. A seiscientos metros del río Calchaquí, en el interior de una cueva de arenisca roja, un granero indígena sobrelleva, intacto, el correr de los años. Uno junto a otro se aglutinan 24 silos de barro que alguna vez almacenaron variedades de maíz, porotos, algarroba y calabazas que ya no existen en los valles.

“Es la primera vez que aparecen en Argentina recintos con estas características —se entusiasma Díaz—; el granero es similar a ciertas viviendas de las montañas rocosas norteamericanas, donde los indios aprovechaban abrigos naturales de las rocas para construir.”

Según Díaz, el granero amenaza con alterar las ideas básicas acerca del almacenamiento en arqueología; hasta ahora sólo se habían encontrado peque-

ñas cámaras subterráneas de... “Se trata de una cultura bastante arrollada —supone la arqueóloga rina Miriam Terragó de Font, *ad honorem* del Museo de Cachi—, capaz de encarar un trabajo... Los materiales para la mezcla... acarreados desde otros lugares... recipientes, moldeados con arcilla... nisca y ripio, se conservan en... estado, gracias a la aridez del clima.”

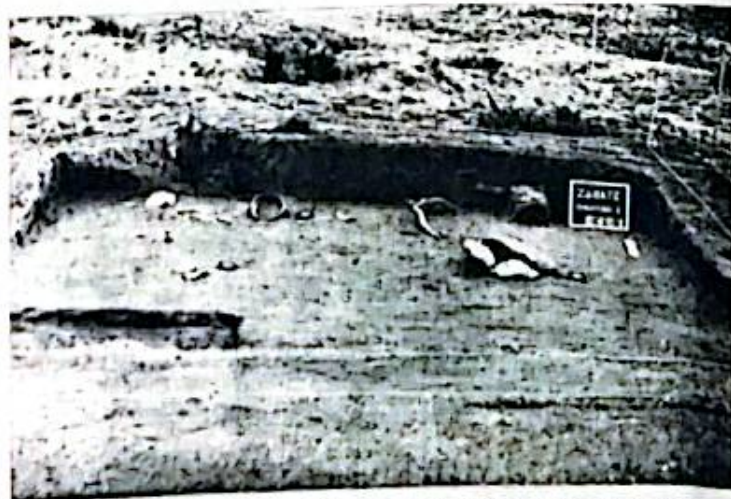
En diciembre del año pasado, Díaz y Terragó iniciaron el estudio de la cueva. Los primeros resultados indican que la capacidad de almacenamiento —toneladas— es suficiente para alimentar a una comunidad entera. Aunque el pueblo no se encontró todavía, las evidencias justifican la existencia de un granero tan vasto: la previsión para los años de sequía —frecuente en Rodeo Colorado—, o el temor al ataque de una tribu enemiga. La cueva permanece oculta en la quebrada; sólo un buen conocedor puede llegar hasta ella.

Los datos recogidos son todavía escasos, pero hay evidencias que justifican las mejores esperanzas. “Cada vez que vengo encuentro algo nuevo”, admira Díaz.

LOS DUEÑOS DE LA TIERRA

En la Quebrada de Cacalar, al norte del pueblo salteño de La Poma, el saqueo empezó hace cuatro años. Comerciantes de tesoros, turistas, comerciantes, coleccionistas particulares —entre ellos un médico de la zona— destruyeron el yacimiento. “Parece un campo destruido”, ironiza Pío Díaz mientras corre las ruinas.

En la búsqueda desenfrenada por piezas enteras, manos inexpertas han usado palas y picos en las tumbas y viviendas. Lógico resultado: destrucción total de vasijas, urnas, adornos de metal. Los saqueadores profesionales, en cambio, trabajan con más cuidado y logran extraer piezas enteras, a



A los 20 centímetros: Primeros indicios. 40 centímetros: Tumba asoma.



descuidan los materiales adyacentes.

A pesar de que existe una ley que protege a los yacimientos (la 9080, sancionada en 1902), el robo de objetos arqueológicos y su venta son habituales. "Nuestra profesión no otorga dividendos —recalca Alberto Rex González—. Por lo tanto, a ningún Gobierno le interesa preservar los restos."

Entre 1960 y 1963, un grupo de arqueólogos (Alberto Rex González, Pedro Krapovickas, Osvaldo Menguin, Enrique Palavecino, Hans Schobinger, Andrés Zapata Gollán) intentó redactar para el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas una nueva ley. Los autores no se explican todavía qué oscuros mecanismos confinaron el proyecto en los archivos.

Los nativos, en general, son reacios a colaborar con los violadores de tumbas. El temor a los antepasados, a lo antiguo —como dicen—, los impulsa a no frecuentar los repositorios. Tampoco brindan información: suponen que si lo hacen, malas cosechas y horribles desgracias se abatirán sobre ellos.

La trayectoria de las piezas, una vez extraídas, es diversa. A veces desembocan en una casa de artículos regionales. En el local de la calle Buenos Aires 29, en Salta, las urnas santamarianas se exhiben, disimuladas bajo unos tejidos, en la vidriera. "Los precios oscilan entre 5 y 30 mil pesos —declara la encargada—; depende del tamaño."

En Buenos Aires, por supuesto, los precios son más altos y el comercio, descarado. *Compro arqueología*, reza el cartel en una lujosa galería de arte porteña. Es sólo uno de los tantos centros donde las piezas se mercantilizan. Una vasija Cóndor-Huasi cuesta 40 mil pesos; una urna funeraria, 200 mil. Diez veces más que en la tierra de origen.

Los compradores son turistas, representantes de misiones diplomáticas y



Equipo de trabajo: Cuidado con los muertos.

coleccionistas particulares. El círculo es estrecho, la competencia de precios, implacable. "No se ilusione con las tarifas de venta al público —advierte la dueña de uno de los locales—. Yo puedo pagarle mucho menos: a lo mejor tardo un año en vender una pieza."

Pero, es indudable, en Londres y Nueva York acechan los supervisores del mercado mundial. "En diciembre del año pasado —recuerda Alberto Rex González—, el jefe de colecciones del Museo de Brooklyn me consultó acerca del origen de una vasija magnífica. Mi asombro fue enorme: descubrí que la pieza había sido excavada, ocho meses atrás, por un colega." Según supo más tarde, la pieza fue adquirida por el Museo de Brooklyn a un *marchand* londinense. Su nuevo precio: 5 mil dólares.

De nada valen el desarrollo de nuevas técnicas, el interés de los estudiantes por acceder a la carrera, el fervor de los científicos por realizar excavacio-

nes: la arqueología es, por ahora, tierra de nadie. Las leyes —viejas e inadecuadas— ni siquiera se cumplen. Tampoco prosperan las iniciativas para cambiar la situación. Y, como sucede con todos los campos de la ciencia, los fondos para investigar son escasos.

Al final del camino, después de tanto esfuerzo, la sociedad de consumo espera, con las fauces abiertas, a las piezas arqueológicas. Es un estigma que los científicos no pueden superar. "Tratamos de recuperar el pasado —lamentó uno—, de encontrar las claves de la vida en otro tiempo. Pero no podemos modificar el presente".

La tarea, sin embargo, continúa. Es una lucha sin término, que muchas veces aleja a sus actores de la realidad. "El hombre llega a la Luna —bromeó, en su escritorio del Instituto Antropológico de Tucumán, Boñi Ortiz—, pero nosotros desenterramos muertos." ⊖

MARIA V. WALSH



80 centímetros: Cerámica a la vista. 1 metro: Todo al aire.